

Su mundo es la plástica

Con más de 20 años de experiencia, Héctor Valenzuela Meleros ha sido formador de numerosas generaciones de artistas

Azucena Manjarrez

En la Escuela de Artes Plásticas de la UAS, Héctor Valenzuela Meleros aprendió todo lo que sabe. Ahí descubrió un mundo fascinante en el que las cosas tienen una lógica y una medida para ser llevadas a un lienzo.

De esto hace ya más de 20 años, y lo recuerda con precisión. El tiempo ha sido su mejor aliado para tener un cúmulo de gratas experiencias que ha compartido con decenas de generaciones que se han formado en la institución, en la que él hizo realidad sus sueños como pintor y ganador.

Para muchos, es el guardián del lugar; desde muy temprano, hasta que llega la noche, permanece ahí en el espacio al que considera su casa y donde da rienda suelta a su imaginación para pintar y provocar en el espectador el impacto psicológico que dice producen sus obras.

Situado en su espacio, rodeado de cuadros alargados con los que busca reproducir la forma de ver de los orientales, de arriba a abajo y convertidos en una caja oscura, admite que el arte le ha dado todo lo que tiene, desde recrearse espiritualmente, hasta construir una familia.

"Yo estoy muy agradecido con el arte porque me ha permitido tener un empleo, una esposa y haber sido funcionario de la institución; si volviera a nacer estaría en esto, es algo que no me arrepiento.

"Desde que llegué al arte supe que al ir encontrando la luz y el color, aprendía a ver de una manera distinta y más apasionada la vida", reconoce.

YO VIVO PARA EL ARTE

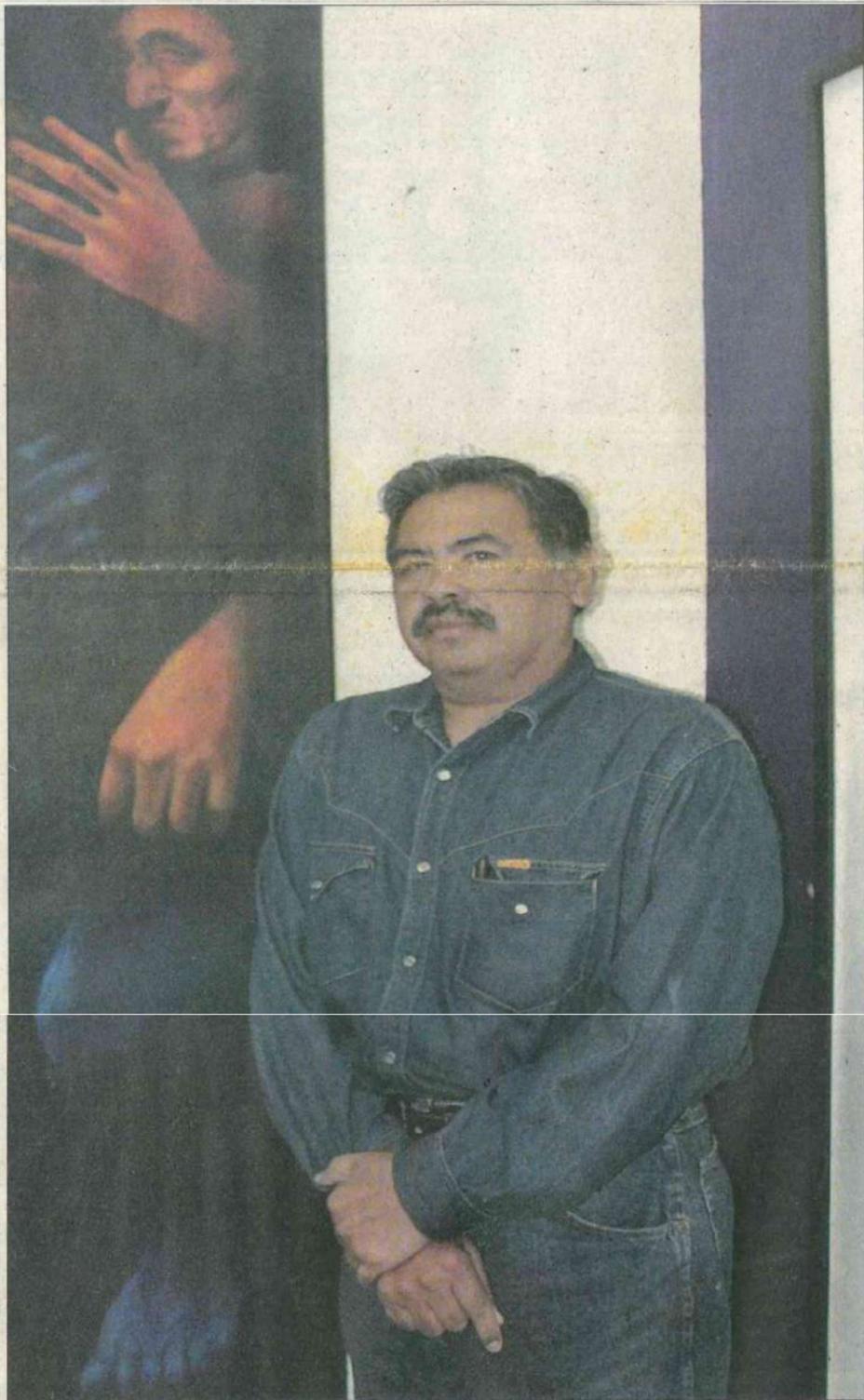
Formador de generaciones y ganador en varias ocasiones del Salón de la Plástica Sinaloense, dice que no vive del arte, sino para el arte. De dónde saca dinero para hacerlo, no lo sabe, pero sí que necesita pintar.

"Yo pienso morirme haciendo lo que me gusta, pintando y dando clases. Estuve tres meses y medio fuera de Sinaloa por un problema de salud, lo primero que hice fue visitar a mis hermanos e hijo, una vez cumplido eso, me vine a mi escuela a reconocer todo de lo que me había alejado.

"Ese tiempo sentí el deseo de estar en lo mío. Cada día que pasaba era una ansiedad por venir a la escuela, trabajar, producir, contagiar a mis alumnos, porque de alguna manera me siento obligado a poner el ejemplo", explica.

Durante el tiempo en el que Valenzuela Meleros se trataba un problema de pérdida de vista en las montañas de California, el espacio que ocupaba para pintar se convirtió en una bodega que al regresar, adecuó de nuevo para crear.

"Hace 2 años en mis ojos empezó un proceso de pérdida de la vista y llegué a pensar hasta en el suicidio por culpa de



HÉCTOR VALENZUELA Meleros junto a su más reciente trabajo.

esto. El primer tratamiento con láser lo deja a uno cegado. Imagínese vivir en un mundo de color y de repente perderlo, no encontrarlo.

"Esta obra que tengo aquí es la última que hice después del proceso que he seguido, lo hice para demostrar que sí podía. Mi ojo derecho ya no funciona y aún así seguiré pintando", precisa.

SORTEANDO TODOS LOS IMPEDIMENTOS

Convencido que si pierde la mano derecha puede pintar con la izquierda, si se queda sin las dos puede hacerlo con la boca, pero si deja de mirar, no disfrutará más del color, acepta que

enfrentarlo ha sido difícil y ahora busca las horas del día que son más claras para poder trabajar.

"Al crear tengo que poner luz amarilla para ver el volumen y el color, pero hoy tengo que hacerlo porque para eso he vivido todo este tiempo. Estoy en una etapa de incapacidad en la que me dedicaré a impartir una serie de clínicas sobre trucos y tradiciones de la cultura.

"Durante el proceso de recuperación llegué a una clínica para que me valoraran y de repente me dijeron que no me podían dejar ir porque estaba a punto de perder un riñón, que sólo tenía el 10 por ciento funcionando y que si no me atendía,

tendría poco tiempo de vida", recuerda.

Actualmente, añade, recibe hemodiálisis mientras se le realiza un trasplante de riñón, ya que sus problemas de la vista tienen su origen ahí.

"Mi vida personal ha cambiado, ahora dependo de una máquina para estar saludable, a la que cada tercer día durante 4 horas me conectan en el Seguro Social en un horario de 23:00 horas a 2:00 de la madrugada, y el resto del día lo dedico a producir.

"Estoy en lista de espera en Estados Unidos y aquí también, muchos amigos sin que yo supiera hicieron gestiones para que esto sea un proceso rápido", comenta.



EL PROCESO de creación ha ayudado al pintor a superar las adversidades.

Necesidad de compartir

Para Valenzuela Meleros, quien desde que egresó de la institución inició y que como docente, piensa que la escuela tiene cierto poder porque los que llegan no se quieren ir.

"Desde que empecé a estudiar existía esa ansiedad por enseñar lo que habíamos aprendido, incluso decíamos egoístamente que no queríamos ser artistas, sino profesores y en esa intención empezamos a leer mucho.

"Recuerdo que Teófilo Guizar, Delia Guerrero y yo, pasábamos horas aprendiendo no sólo arte sino literatura. Cuando terminamos la carrera se nos habló de la posibilidad de hacer el servicio social dando clases, y empezamos a salir a El Rosario, Guasave, Mazatlán", explica.

Después de haber participado en este plan piloto, confiesa que se enfrentaron

al dilema de qué harían porque para los pintores no existe bolsa de trabajo y que los confunden con rotulistas.

Quien ha formado a más de 20 generaciones en la escuela, argumenta que uno de los problemas más frecuentes en el mundo del arte es el querer ser famoso.

"Yo he tenido siempre la certeza de que es más importante el prestigio que la fama, se puede ser famoso por cosas malas, el prestigio es el único que se queda.

"Existe algo a lo que llamamos permanencia que es fundamental: en mi caso, sigo produciendo aunque mucha gente piense que pintar sólo se trata de manchar. Hay que darle a la obra el control de calidad porque cada cuadro es como un hijo al que hay que buscarle lo mejor, procurar que tenga una larga vida", refirió.

La vocación te hace un ser especial

A Valenzuela Meleros, cuya obra es adquirida en su mayoría por coleccionistas particulares y se encuentra en el MASIN, le resultó difícil ser alguien especial en la pintura.

"Hace 20 años cuando platicábamos entre amigos, decíamos que Lopus y Hermito Soto Miller eran muy famosos y que no nos dejarían nada a las nuevas generaciones. Cómo vamos a desplazarlos, nos preguntamos, pero descubrimos que para todo mundo hay", puntualiza.

El artista apunta que ahora los jóvenes se cuestionarán lo mismo, pero si en su momento su generación pensó que las puertas estaban cerradas y que serían pintores de manzanitas y de retratitos, lograron abrirse camino, ellos también podrán hacerlo.

"Pinto pedazos de cuerpos, pero quien ve mi obra siente que ahí hay una figura completa, tiene posibilidad de construir y eso lo fui descubriendo con el trabajo y la práctica de todos los días", subraya.

El problema más fuerte, acota, para todos los que se dedican al arte, es el asunto de la vocación porque para ser, el artista requiere inteligencia, imaginación, la habilidad se gana o se pierde pero lo más importante es la vocación.

"Si buscas en el diccionario, vocación es la posibili-



"CADA CUADRO es como un hijo al que hay que buscarle lo mejor".

dad de dedicarse a una actividad a pesar de las situaciones adversas del entorno. Yo descubrí que esto realmente me gustaba y que sigo en el camino correcto", dice.

Fotos: Noroeste/Omar Rochlin